

Interior de la vivienda principal

## EL LUGAREJO CÁNACO

Es un asilo reposado, íntimo, sumido en la caravanera de los Inválidos, este lugarejo neo-caledonio, que parece hundirse bajo los viejos olmos de la Explanada, aplastado en su sencillez por el exotismo alborotador del villajo tonkinés y de las cabañas del África occidental, y perseguido en su silencio por la música del *kampong* javanés y el enervante ruido del teatro anamita.

Aquí no hay melopeas inesperadas ni bulliciosas industrias. Desde la entrada se siente uno impresionado de cierta paz ingenua. De estas cuantas cabañas, desprovistas de ornamentación facticia, se desprende un aire de sinceridad y de exactitud de vida reproducida, singularmente agradable en medio de la feria circundante. Y una vez admitido el principio de estas exhibiciones, se puede dirigir al lugarejo cánaco el mejor de los elogios: da, en efecto, la franca ilusión de un pueblo lejano, la revelación de una parte de humanidad perdida en la inmensidad del Pacífico.

Cinco viviendas en junto: una cocina bajo un tinglado, un refectorio bárbaro, un despacho ú oficina para el comisario de la Nueva Caledonia, un dormitorio para las mujeres y, en fin, lo más importante, la *cabaña madre*, donde vive el jefe con sus hombres.

Las paredes de estas rústicas construcciones, formadas con cortezas de *niauli*, son bajas y bastante fuertes para sostener un elegante techo de paja. A cada lado de la puerta

de entrada de la casa, se encuentran los dos *tabúes* tradicionales, esculturas de madera pintada que adornan la entrada del lugarejo y se multiplican, variadas y raras, en la plazuela que sirve de centro común á este grupo de viviendas.

Los *tabúes* son unas figuras ridículas, de ojos prolongados, de narices monstruosas, de labios abultados y revueltos de que sale una lengua igualmente descomunal. El cuerpo está figurado por un grosero tronco de árbol. Los figurones de los remates de las casas y de los sitios libres entre ellas difieren de los de entrada: tienen al rededor de la cara rayas que siguen una progresión irregular y hacen pensar vagamente en las extrañas aureolas de las divinidades indias; los brazos, situados, por lo común, por encima de la cabeza se dirigen al cielo y el torso bosquejado á golpe de hacha tiene la indicación de hombros violentos ó de mamas que se inclinan paralelas á una gran taza. En el centro del lugarejo ó en lo alto de un mástil, tienen una máscara de enorme nariz encorvada, una cabellera fantástica y largas plumas blancas. Es la máscara de la guerra, la que lleva á la tribu enemiga el cánaco mensajero del reto belicoso, que precede á las hostilidades.

Hay aun otra categoría de figurones, que pudiéramos llamar sagrados ó piadosos, y son los que adornan los cementerios. Este símbolo es menos monstruoso ó siniestro y se eleva al extremo de una delgada pértiga.

Para pintar estos *tabúes* no se admiten más que dos colores, un negro bituminoso y un rojo sangriento; aunque, por privilegio, una tribu principal puede hacer uso del azul atenuado.

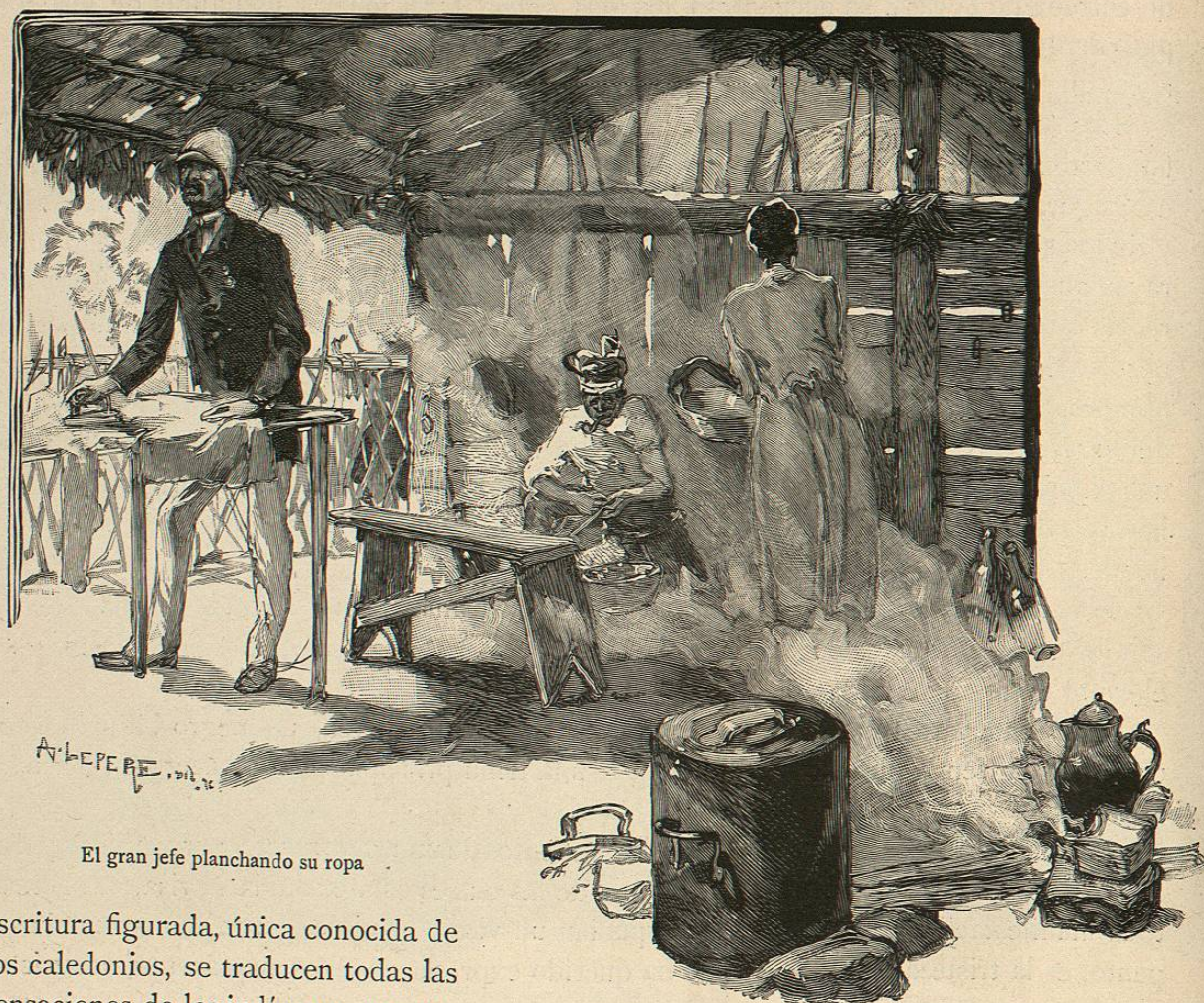
Lo que llama la atención en estos monumentos de un arte grosero, pero curioso y tradicional, es la expresión de las fisonomías, de las cuales está excluída la risa, la sonrisa, toda manifestación de alegría; sólo perpetúan un visaje horrible. Pero el horror no da espanto; es la tristeza el afecto que se ha querido expresar en estos mascarones, una tristeza salvajemente manifestada.

El remate de la vivienda del jefe está adornado con un *tabú* guarnecido de conchas marinas, insignias de su categoría, que recuerda también el pájaro de palo groseramente esculpido, que se ve encima de la puerta.

Cuando por la única abertura se penetra en el interior de la casa, donde la paja y la corteza del *niauli* huelen fuertemente, una sensación de frescura desciende del sombrío techo, y los objetos, indistintos al principio, se van destacando progresivamente. ¡Oh! ¡cuán modesta es la decoración de la casa del jefe! Casi enternece tanta sencillez. Como la temperatura de nuestro clima no permite á los indígenas dormir en el suelo, se les han dispuesto unos camastros; penetrando más tropieza uno con cajas entreabiertas y extrañas maletas. A no ser por la extremada limpieza del suelo, se evocaría con pesar el recuerdo de las barracas de tablas perdidas en el campo, á lo largo de los canales y de las líneas férreas en construcción, donde se amontona en promiscuidad malsana todo un pueblo de operarios cosmopolitas.

Las armas colgadas del árbol que sostiene el techo son poco variadas: hondas, arcos, azagayas, mazas que se asemejan á cabezas de pájaros, rompe-cabezas, en fin, afectando la forma de un objeto con que se familiarizaron Bouvard y Pecuchet en sus investigaciones arqueológicas.

Después, una última manifestación de arte en esta tribu primitiva: bambúes cubiertos de esculturas irregulares, minuciosas, que se creerían caricaturescas, si emanaran de una nación artista como los chinos ó los anamitas. En estos bambúes, por medio de esta



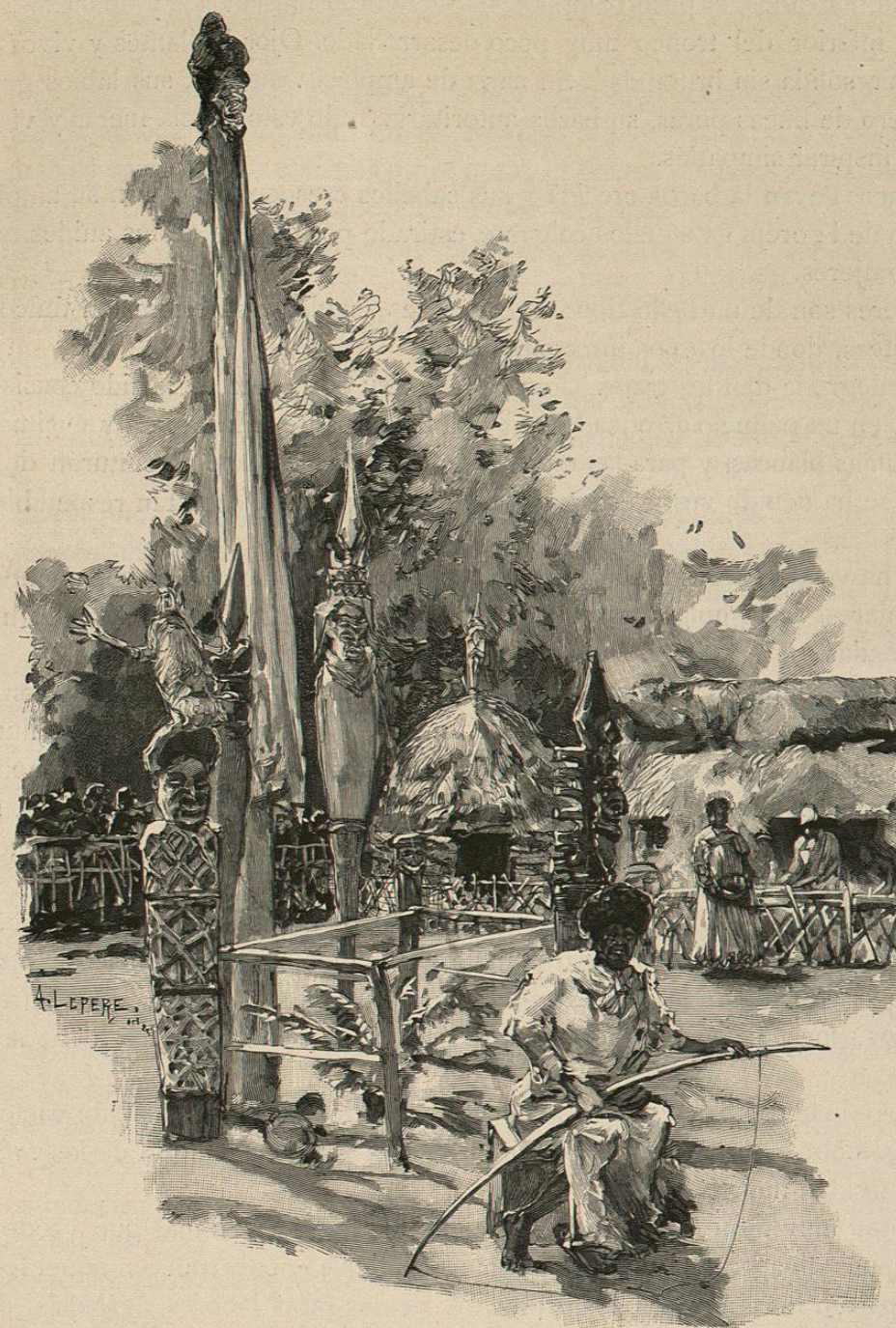
El gran jefe planchando su ropa

escritura figurada, única conocida de los caledonios, se traducen todas las sensaciones de los indígenas, no sensaciones particulares de un individuo, sino comunes á todo el pueblo. En la época en que se trajeron los caballos á la colonia, se cubrieron los bambúes de asuntos ecuestres, y lo propio sucedió á la llegada de los bueyes. ¿Ha habido durante el año una plaga de langostas, por ejemplo? Pues los indígenas no graban más que insectos de estos en sus singulares registros; y los bambúes contemporáneos de la insurrección de 1878 abundan en soldados y en cánacos armados.

Semejantes á nuestras telas muelles ó á pieles en extremo flexibles y suaves, penden de lo alto de la casa largos *tillits*, cortinas comunes hechas con corteza de *banian*. Estas cortinas flotan flojas y sucias á la media luz y cuando las roza uno con la cabeza experimenta una sensación macabra, la sensación de las alas de un ave monstruosa, que de improviso nos rozara el rostro.

Viejas é inútiles, estas cortinas constituyen á los ojos de los caledonios el obsequio más preciado que pueda hacerse á un amigo. ¿Tenemos el derecho de burlarnos de esta extraña delicadeza? Seamos sinceros y recordemos la pobreza de las zarandajas y bagatelas que constituyen en nuestras casas el lujo normal; evoquemos la estupidez de los recuerdos cambiados, ofrecidos de tan buena ganá y conservados con tan piadosa fidelidad.

Diez indígenas habitan este lugarejo: el jefe llamado Pila, hijo de Gelima, gran jefe de Kanala; el maestro Badimuín, premiados los dos por sus servicios en la represión de la grande insurrección de su país; el hechicero Takata y otros dos caledonios; Peto, una



Los tabúes

mujer caledonia; dos neo-hebrideses, marido y mujer, y dos loyaltieses, hermano y hermana.

La raza cánaca se compone de elementos muy diversos; en ella no hay caracteres comunes bien pronunciados, ni tipos que se puedan resumir rápidamente. Por eso se ha hecho bien en traer á la Exposición un grupo de individuos, oriundos acaso de un mismo tronco, viviendo en países análogos y representando con bastante exactitud y sin contrastes violentos las poblaciones que habitan en nuestras colonias oceánicas.

Ciertos rasgos, sin embargo, son comunes en ellos: los hombres, salvo Pila y Badimuín, que son muy corpulentos, son de mediana estatura, recios y rechonchos: tienen los